

**Ensayo sobre la *Graëllsia isabelae* (Graells),
el lepidóptero más bello de Europa
(Lep. Syssph.)**

POR

G. CEBALLOS Y R. AGENJO.

(Láms. IV-X.)

PRIMERA PARTE

«*Graëllsia isabelae*» (Graells) en Andalucía

POR

G. CEBALLOS.

De nuevo vamos a ocuparnos los entomólogos españoles de una de las especies de insectos más hermosas, más interesantes y más representativas de nuestra maravillosa fauna entomológica, escribiendo un pequeño capítulo acerca de la ecología de la *Graëllsia isabelae*, la mariposa que, primero conocida del centro de la Península, fué luego encontrándose en diversos parajes poblados de pino silvestre y que los franceses capturaron en los Alpes de su país en época reciente; especie que tiene en su haber una bibliografía cuantiosa y a veces pintoresca, y sobre la que, desde su «nacimiento» al conjuro de la perspicaz mente de Graells, se han contado cosas peregrinas, ha sido objeto de activo comercio entre los aficionados a mariposas, se tuvo como especie exclusivamente española, se encontró en el país vecino, adonde llegó en la época terciaria, según unos, y en el siglo xx, según otros, y cuyo desarrollo a expensas del pino silvestre, con exclusión de toda otra especie que le sirviera de alimento, era cosa consagrada entre los lepidopterólogos de todo el mundo.

Tanto por su belleza, que a todos atrae, como por lo extraño de su forma y coloración, que hacen de ella un insecto inolvidable para el que una vez le contempla, tiene además la *Graëllsia* para los ingenieros de montes, entre los que tengo el honor de contarme, un título especial para merecer nuestra atención y cariño, y es que el principal criadero de la especie y su localidad clásica, pudiéramos decir, es el monte llamado «Pinares Llanos», de los propios del pueblo de Pegue-

rinos, provincia de Avila, monte que linda con el término de San Lorenzo de El Escorial, visitadísimo por ingenieros y alumnos de nuestra Escuela, por ser su masa de pino silvestre muy hermosa, ordenada desde hace años, y propia para estudios y experiencias; la *Graëllsia* es un insecto propio de montes, de las partes altas, a partir de los 900 metros; es, pues, una mariposa forestal, dando a esta palabra el sentido cariñoso de compañerismo, en que reunimos, bajo este adjetivo, todo lo que nos es familiar y querido a los forestales, y no es de extrañar, por lo tanto, que casi todos los ingenieros de montes conozcan este insecto, aunque muchos, como es natural, no tengan ideas precisas sobre su repartición y biología.

No es, pues, sorprendente que una expedición de profesores y alumnos de nuestra Escuela, que verificaban una excursión geológico-botánica en la primavera pasada, de 1942, por las Sierras de Cazorla y Segura, bajo la dirección del profesor de Geología, Sr. Cañedo-Argüelles, y del de Botánica, D. Luis Ceballos, identificasen esta mariposa, de la que capturaron un ejemplar que volaba entre la masa de magníficos pinos de uno de aquellos montes.

La captura fué exactamente hecha el día 16 de mayo de 1942 en la Nava de San Pedro, y el ejemplar, introducido entre unos papeles de modo muy imperfecto, ya que aquellos colectores desconocían la técnica de nuestro oficio y carecían de material apropiado, pudo escapar de su temporal encierro y desaparecer, por lo que no quedó una prueba fehaciente de su hallazgo, si bien no dudé un momento cuando me hicieron, a su vuelta, el relato, de que se trataba de la *Graëllsia*, ya que la cultura entomológica de los profesores de la expedición era más que suficiente para no confundir este lepidóptero con ningún otro que pudiera encontrarse libremente en nuestros montes.

Pero lo que como simple curiosidad me contaron resultó para nosotros los entomólogos españoles de una importancia extraordinaria: estábamos tocando, por decirlo así, una de las cuestiones más debatidas respecto a la *Graëllsia*: la de su exclusiva alimentación sobre pino silvestre; porque, en efecto, en toda la enorme masa de pinar que forma la población forestal de las Sierras de Cazorla y Segura no hay tal especie de pino, estando compuesta por las *P. laricio*, *P. pinaster* y *P. halepensis*, sobre todo por la primera, que forma manchas de ejemplares magníficos, altos, rectos, plateados en su tronco, inconfundibles y célebres entre los madereros españoles; era, pues, presumible que la *Graëllsia* se alimentase de las hojas de alguna de estas tres especies y, por lo tanto, el área de su posible difusión se podía dar

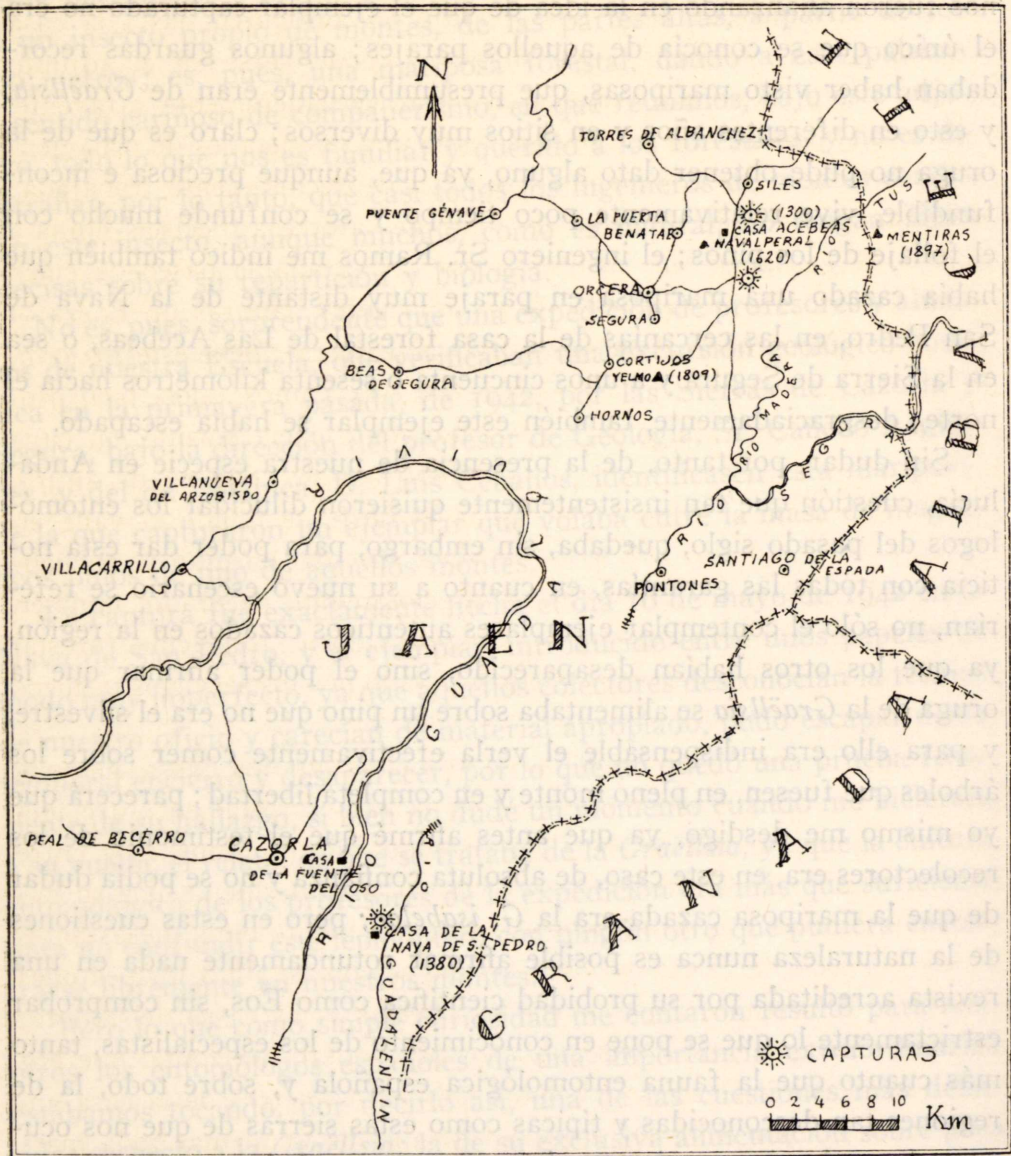
por dilatada y extendida a zonas peninsulares donde antes nos estaba vedado el suponer su existencia por no estar pobladas de *P. silvestris*.

Investigaciones que pudiéramos llamar policíacas, o sea interrogatorios a personas que habitaban o habían estado en aquellos montes, nos fueron afianzando en la idea de que el ejemplar capturado no era el único que se conocía de aquellos parajes; algunos guardas recordaban haber visto mariposas, que presumiblemente eran de *Graëllsia*, y esto en diferentes años y en sitios muy diversos; claro es que de la oruga no pude obtener dato alguno, ya que, aunque preciosa e inconfundible, vive relativamente poco tiempo y se confunde mucho con el follaje de los pinos; el ingeniero Sr. Ramos me indicó también que había cazado una mariposa en paraje muy distante de la Nava de San Pedro, en las cercanías de la casa forestal de Las Acebeas, o sea en la Sierra de Segura y a unos cincuenta o sesenta kilómetros hacia el norte; desgraciadamente, también este ejemplar se había escapado.

Sin dudar, por tanto, de la presencia de nuestra especie en Andalucía, cuestión que tan insistentemente quisieron dilucidar los entomólogos del pasado siglo, quedaba, sin embargo, para poder dar esta noticia con todas las garantías, en cuanto a su nuevo escenario se referían, no sólo el contemplar ejemplares auténticos cazados en la región, ya que los otros habían desaparecido, sino el poder afirmar que la oruga de la *Graëllsia* se alimentaba sobre un pino que no era el silvestre, y para ello era indispensable el verla efectivamente comer sobre los árboles que fuesen, en pleno monte y en completa libertad; parecerá que yo mismo me desdigo, ya que antes afirmé que el testimonio de los recolectores era, en este caso, de absoluta confianza y no se podía dudar de que la mariposa cazada era la *G. isabelae*; pero en estas cuestiones de la naturaleza nunca es posible afirmar rotundamente nada en una revista acreditada por su probidad científica como Eos, sin comprobar estrictamente lo que se pone en conocimiento de los especialistas, tanto más cuanto que la fauna entomológica española y, sobre todo, la de regiones tan desconocidas y típicas como estas sierras de que nos ocupamos, pueden proporcionar aún sorpresas verdaderamente trascendentales, y ¿quién podría afirmar que aquella mariposa no fuese algo parecida a la *Graëllsia* sin ser ella misma?; nosotros no podíamos lanzar la noticia de su hallazgo, autorizada con firma de especialistas, sin haber visto el insecto, y menos aún podíamos asegurar que la oruga comía tal o cual especie sin observarla efectivamente en el acto de devorar las hojas de la planta que fuese.

Decididos a esclarecer de una vez la cuestión, si fuera posible, y

animados por la cariñosa invitación del ingeniero jefe de los servicios forestales de aquella zona, Sr. Monzón, salimos rumbo a la Sierra de Segura el autor de estas líneas y mi hermano el profesor de Botánica,



D. Luis Ceballos, el día 14 de julio de 1942; desde luego, la época era tardía para encontrar ya mariposas, y aun las orugas se encontrarían seguramente al término de su desarrollo y próximas a crisalidar, pero los deberes profesionales no permitieron hacer esta excursión hasta terminados los exámenes de nuestra Escuela, y los únicos días hábiles que quedaban para tratar de averiguar algo eran los quince que quedaban del citado mes, ya que al final de éste todas las orugas se

habrían transformado en crisálidas, si no era que dada la latitud del lugar la hicieran antes que en el centro de España.

Las molestias del viaje, acentuadas en grado sumo en la presente época, nos fueron evitadas por la amabilidad del Sr. Monzón, que desde la estación de Baeza nos condujo en automóvil hasta la casa forestal de Las Acebeas, cuya situación puede verse en el adjunto croquis y que tiene un ambiente forestal verdaderamente atrayente, tanto por el paisaje que la circunda como por sus detalles de ornamentación interior a base de madera de laricio preciosamente trabajada; en resumen, diré que el incómodo viaje de catorce a dieciséis horas a «lomo» de gasógeno fué sustituido por un agradable paseo de cinco horas en que nos trasladamos de las hirvientes llanuras de Baeza al profundo valle situado al pie del pico de Navalperal; tiene éste 1.620 m. de altura sobre el mar, y la casa forestal está a unos 1.300, bien protegida del poniente y con un amplio horizonte hacia levante, en cuya lejanía se alza la grisácea masa del Mentiras, de 1.897 m. de altura, ya de la provincia de Albacete; hacia el norte se hunde el valle en rápida pendiente hasta el pueblo de Siles, en cuyo término se encuentra la casa forestal, y cuyo casino, preciosamente decorado, también con tableros de pino laricio, es, pudiéramos decir, fundación forestal patrocinada por los ingenieros que han pasado por los servicios técnicos de la región.

Y aquella misma tarde quedaron resueltas las dos cuestiones que me llevaron a tan remotos parajes: en la casa forestal encontré una caja de mariposas que había ido reuniendo Pilarín Monzón, y entre ellas un macho de *Graëllsia isabelae*, típico, algo deslucido por su imperfecta captura, y que fué encontrado en el monte unos meses antes por el «hatero» de Siles, nombre con que se conoce allí a los peatones que llevan y traen encargos entre los pueblos y las casas del monte; después, casi anochecido, paseando por un sendero horizontal que por la ladera va hacia el norte, y a unos quinientos metros de la casa, mi vista, azuzada por el deseo y que no dejaba de escudriñar toda mata de pino que caía a su alcance, descubrió una magnífica oruga, gruesa y adulta, próxima sin duda a crisalidar y que comía tranquilamente sobre las ramas bajas de un pino raquítico a unos cincuenta centímetros del suelo, y el pino que comía aquella oruga era un ejemplar de *Pinus laricio* Poir., y la oruga, inconfundible, era de *Graëllsia isabelae*.

Aunque la cuestión estaba resuelta, no descansé en días sucesivos en buscar más ejemplares, investigando no sólo en ramas bajas, sino mirando hacia las inferiores de las copas de aquellos pinos, relativa-

mente accesibles, y aun, con gemelos, a las ramas altas, que si no fuese posible alcanzar, siempre permitirían apuntar un dato más a la lista de insectos vistos; el trabajo fué penoso y llegó a dolerme el cuello de tanto mirar al cielo, lo mismo que sucedía a mis acompañantes cuando los llevaba conmigo; desde luego, cogí pocas orugas, pues creo que, además de ser escasas, muchas habían desaparecido ya en el suelo para crisalidar; sólo conseguí cuatro gruesas y ya al término de su desarrollo, y dos pequeñas que murieron luego sin querer, o poder, comer de las ramas que en una jaula improvisada se les echaban todos los días para su sustento; tres de ellas crisalidaron antes de llegar a Madrid y la cuarta lo hizo aquí a los pocos días, o sea a primeros de agosto; las orugas se cogieron siempre sobre pino laricio y, en un caso, por lo cómodo de la situación, estuve un gran rato, antes de capturarla, viendo comer agujas de este pino a una gruesa oruga, lo que hacía a una velocidad verdaderamente notable; desde luego, en todo el contorno próximo a la casa y en el paraje más lejano donde cogí ésta, a unos cinco kilómetros hacia el sur, no existe otra especie de pino que el laricio.

Pasados insensiblemente aquellos agradabilísimos días en el ambiente forestal de paz y encanto que la soledad de los montes proporciona, realzado en este caso por la compañía de personas que no pensaban sino en hacernos aún más placentera la estancia, sin descuidar detalle para conseguirlo, llegó el momento de partir para visitar, aunque fuera muy rápidamente, los lugares donde se encontró la mariposa que dió origen a todo este asunto; había que ir a la Sierra de Cazorla, con la esperanza si no de encontrar muchas orugas, dado lo tardío del momento, sí de ver alguna o tratar de buscar crisálidas; además era interesante la observación de las especies de pino sobre que pudiéramos hallarla, ya que en ciertas zonas próximas al sitio donde se cazó la mariposa en mayo existen masas de pino negral y de pino carrasco.

La excursión, relativamente corta y agradable que supondrá en un futuro próximo, cuando esté hecha la carretera longitudinal del Guadalquivir, el ir desde la casa forestal de Las Acebeas a la de la Fuente del Oso, es hoy un penosísimo viaje, que de no hacerse en auto particular cuesta además dos días de ajeteo; baste decir que es preciso llegar casi hasta Ubeda para tomar la carretera que lleva a Cazorla, y de este pueblo trasponer la sierra para llegar a esta casa forestal, situada en la ladera que mira a nacimiento y al pie de la magnífica fuente que le da su nombre.

Nuestro viaje resultó, dentro de la inevitable molestia debida a lo largo del recorrido y a lo caluroso del día, lo más agradable posible, y eso que esta vez fué a «lomo» de gasógeno, pero hasta este aparato, contrariamente a lo que vemos a diario, trepa allí por las carreteras forestales con una soltura verdaderamente notable, y a su impulso llegamos con toda felicidad, después de saludar la histórica Cazorla, a la casa forestal al caer la tarde del 27 de julio; el ingeniero Sr. Simón, de quien fuimos huéspedes, organizó admirablemente nuestra corta estancia en su jurisdicción y gracias a su amabilidad pudimos trasladarnos cómodamente el día 28 a la casa forestal de la Nava de San Pedro, situada a naciente de la del Oso y a unos 1.380 metros de altitud; en las proximidades de la casa y en un bosque de grandes pinos laricios fué cazada la mariposa en mayo, y todos estos parajes y bastantes zonas de los alrededores se recorrieron e inspeccionaron cuidadosamente sin lograr ver ninguna oruga de *Graëllsia*; la fecha era ya muy avanzada y, además, el paraje más meridional y más caluroso que la Sierra de Segura, de donde veníamos; tampoco logramos dar con ninguna crisálida; recogimos, sin embargo, referencias respecto a la presencia del insecto por los informes que nos dieron los guardas, que, al parecer, conocían la mariposa desde hacía años y la habían visto en varias ocasiones, así como a la oruga, aunque este dato no pueda tomarse por tan cierto, sin negar que es muy posible que la larva haya sido observada si se encontraba en ramas bajas como yo la encontré; desde luego, nada pude averiguar sobre localizaciones precisas de estas observaciones.

El día 30 de julio estaba de vuelta en Madrid, teniendo en mi poder tres crisálidas y una gruesa oruga próxima a crisalidar; había visto un nuevo escenario de la vida de la *Graëllsia isabelae* y había visto a sus larvas comer vorazmente las hojas del pino laricio; la preciosa especie española, creo que es muy justo que sigamos llamándola así, se hallaba en Andalucía, y no se alimentaba exclusivamente de pino silvestre; estas dos afirmaciones son algo interesante en la historia, accidentada y pintoresca, de este lepidóptero que desde los tiempos del gran entomólogo Graells ha hecho correr las plumas de profesionales y aficionados para decir de ella toda suerte de cosas, unas verdaderas, otras falsas, algunas ciertamente regocijantes, pero siempre, a la postre, para venir a reconocer, como nos dirá en el estudio que sigue el ilustre lepidopterólogo Sr. Agenjo, la probidad científica de su descubridor, la importancia faunística de la existencia de esta mariposa, difundida por las más variadas regiones españolas, y el tesón que ponemos tam-

bién nosotros en esclarecer, cuando nuestros escasos medios nos lo permiten, cuestiones tan interesantes como ésta relacionadas con nuestra incomparable fauna entomológica.

Vaya desde aquí un caluroso testimonio de agradecimiento a nuestros compañeros los forestales y especialmente a los Sres. Monzón, De Simón y Ceballos (L), que han contribuído con sus atenciones y con su curiosidad en la observación de la naturaleza a la adquisición de estos preciosos datos nuevos para la historia y la biología de la más española y más típicamente forestal de nuestras especies de lepidópteros.